

LA CASITA

PROGRAMA DE LA JUVENTUD PROLONGADA DEL MUNICIPIO CHACAO

Rosario Serpa Valle





LA CASITA

Rosario Serpa Valle

Rosario Serpa Valle
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2025.
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 9798310750371
Depósito Legal: ZU2025000065

Diseño de la portada:
Luis Perozo Cervantes

Corrección:
Luis Perozo Cervantes

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

sultanadellago.com.ve
+584246723597

Salvo por lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriera en la conducta impropia señalada, podría ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 *eiusdem*, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

Cuando comencé a compartir con las compañeras del programa de Juventud Prolongada, me percaté de lo variopinto que era el grupo. Pese a esa variedad, nos integrábamos, nos unificábamos sin problema.

¿A qué se debía esa fusión tan perfecta, tan lineal, que en otro ámbito social no se hubiera dado?

Observando y observándome, comprendí que teníamos algo en común: habíamos vivido. Nos habíamos atrevido a superar nuestras circunstancias de origen y asumimos los retos que la vida nos había planteado.

Ninguna se quedó esperando como Florinda, la protagonista del poema de Andrés Bello Blanco, que aún espera “con la empalizada rota”. Todas, en sus circunstancias, dieron un paso al frente.

Junto con sus arrugas, muestran valientemente las cicatrices que en su espíritu dejó cada una de sus contiendas.

Este grupo, reunido bajo el programa LA JUVENTUD PROLONGADA, tiene un cúmulo de experiencias y conocimientos que sentí debía conocerse.

A través de sus recuerdos, viví la historia de la última mitad del siglo 20 y los primeros años del siglo 21, no como hechos históricos, sino desde la experiencia del ciudadano común; cómo las grandes decisiones mundiales y locales afectaron sus vidas.

Estas páginas recogen, en una primera parte, el desarrollo del programa de Juventud Prolongada como tal, las acciones que cada Alcalde de Chacao aportó para su crecimiento y fortalecimiento.

Podrá haber algunas inexactitudes, porque se basa fundamentalmente en los testimonios vivenciales de las usuarias, de sus recuerdos llenos de nostalgia. Hay muy poco testimonio bibliográfico que recoja la historia de este programa.

En una segunda parte, cuento las historias de esas mujeres valientes, tomando un poco de sus vivencias, mezclado con mucho de imaginación; agrupando sus experiencias que parecen distintas, pero en su esencia no lo son.

Cuando estaba en la investigación, entrevistando a una y a otra, una de ellas me pregunto: ¿Cómo vas a poner en dos o tres páginas las vivencias de 50 años? —Le respondí— No puedo, sólo puedo bosquejar esas vivencias y dejar a la imaginación del lector el resto. —Eso es lo que hice. Las historias, no pertenecen a ninguna en concreto. Tome un poco aquí, y otro poco de allá para darle forma a cada historia.

Las unifiqué por su procedencia, así delimité: las de origen europeo; las de procedencia latinoamericana; y a las venezolanas.

En las venezolanas delimité dos grupos: las que procedían del interior del país y las autóctonas

de la región capital. Esta diferenciación, la hago, porque la migración, aunque sea interna, conlleva una serie de cambios y adaptaciones, para la persona que la hace.

PARTE I

I

Chacao es el municipio más pequeño de los cinco municipios que conforman el área Metropolitana de Caracas.

Haciendo un breve recorrido por su formación encontramos que lo que hoy es el Municipio Chacao, fue un área de haciendas cercanas a la Caracas de antaño, donde su producción principal era café y caña dulce, está última para producir aguardiente.

Pertenecía a la Parroquia Eclesiástica de la Candelaria hasta que en 1764; nace como la parroquia eclesiástica de Chacao.

En 1880, pasa a ser un municipio foráneo adscrito al Distrito Urbaneja. Ese distrito, al año siguiente, cambia el nombre a Distrito Sucre del Estado Miranda. Así continua hasta 1989, cuando el Distrito Sucre pasa a ser el actual Municipio Sucre, que se divide en tres municipios foráneos: Baruta, El Hatillo y Chacao.

En 1992, se le concede la autonomía al Municipio Chacao y la Asamblea Legislativa del Estado Miranda promulga la Ley de creación del Municipio Chacao.

En Diciembre de ese año, se hacen las primeras elecciones directas para escoger las autoridades

del municipio Chacao y gana Irene Sáenz con el 41.89% de los votos.

La llamaban la Barbie, la muñeca de Chacao, Irene Sáenz Conde, primera por partida doble: Primera mujer alcaldesa y primer alcalde de Chacao. La presidía que había sido Miss Universo en el certamen de belleza y un título en Ciencias Políticas, obtenido en la Universidad Central de Venezuela.

Llegó para cambiar el trato del empleado público para el ciudadano del municipio. Tenía la ventaja de tomar un municipio nuevo sin vicios, como una hoja en blanco donde podía escribir algo nuevo. Y lo hizo.

Cambió el estilo y la apariencia de lo que debe ser una policía municipal, los vecinos se sentían más cercanos a ellos, por la formación en el trato al ciudadano. Cambio la atención en el área de salud. En sus mejores momentos, asistir a Salud Chacao era garantía de estar en manos de los mejores médicos especialistas, a un costo mínimo.

Recuerdo que cuando Irene comenzó con el ornato de las calles y avenidas del Municipio, se comentaba de manera chistosa —Los bancos los van a pintar de rosa—. Lo cierto es que Irene marcó un hito en la manera de ejercer el cargo. Puso orden e hizo cumplir las leyes y ordenanzas municipales. Con mesura, pero sin pausa.

Tuvo cercanía con el vecino, los escuchaba y

tomaba notas de sus necesidades, se rodeó de gente que pensaba como ella e hizo de Chacao un municipio modelo.

Los motorizados cuando se acercaban a Chacao decían —ponte el casco que estamos entrando en Chacao—.

Uno de los programas, nuevos e innovadores, que Irene impulsó es el de Atención Integral Del Adulto Mayor, que luego cambia su nombre a Juventud Prolongada, que es como lo conocemos hoy en día. Ningún Municipio tenía un programa dirigido al adulto mayor auto valente que contemplara actividades culturales, de mantenimiento físico y mental, así como actividades recreativas. Un espacio donde los adultos mayores pudieran desarrollar sus destrezas.

En sus inicios, este programa se vio en la comunidad como raro, ningún jubilado, adulto mayor, quería ser considerado como tal. Esa resistencia inicial fue cayendo a medida que se implementaron las diversas actividades.

Se abrió para la participación de ambos sexos, pero sorprendentemente la mayoría de sus inscritos son del sexo femenino, raro encontrar del sexo masculino participando en las actividades, y eso que me consta, que disfrutan y sacan provecho de las actividades que se realizan. Dicen los chismes que hasta más de uno ha salido con un romance.

En el 2.000, asume la Alcaldía Leopoldo López. Durante su mandato, el 12 de febrero del 2002, se le entrega la sede al Programa, que es donde actualmente funciona: La Casita. Antes de esta fecha, funcionó en unas oficinas en el edificio Delta, ubicado en Chacaíto.

De esta época es la única publicación que encontramos referente al Programa, donde se explica las diferentes actividades que lo conforman.

Desde el Delta, se organizaban las actividades que se efectuaban en los espacios abiertos del Municipio.

En ese entonces había 10 grupos diseminados por todo el Municipio que recibían las orientaciones desde las oficinas del Delta. Cada grupo era liderado por una delegada que era una usuaria nombrada y escogida por el propio grupo para que las representaran.

Bajo el auspicio de Leopoldo López, el programa comienza a tomar fuerza, y para el 2006, se crea la Asociación Civil sin Fines de Lucro Juventud Prolongada.

Su directiva es formada por las diez delegadas del programa de Juventud Prolongada de ese entonces, y como dice en su Visión y Misión,” nace de la inquietud de un grupo de personas adultos mayores, pertenecientes al programa de Atención Integral del Adulto Mayor de la Alcaldía de Chacao, quienes motivados por los logros obtenidos

en el desarrollo de dicho programa, decidieron unirse para conformarse como un grupo consolidado que permitirá mayor amplitud en las actividades que allí se realizan y contribuir con la labor ya comenzada por el programa”

La primera directiva quedó conformada así: Presidente: Rhaiza Cristina Delgado de Franchi, Vicepresidente: María Teresa García Crespo, Secretaria: Antia Fabiola Machín de Aponte; tesorera: Olga Leticia Sánchez de Lara, Cultura: Lidia del Carmen Zaragoza de Mocatti, Deporte: Auristela Sara Márquez de Garrido, Recreación: Janina Coromoto Rojas de Orta, vocal I: Betina Isabel del C Coromoto Velazco de Maldonado, Vocal II: Josefina Dolores Bravo, vocal III: Rosa Elena Caña de Silveir.

Algunas se han ido y otras continúan formando parte de la Asociación.

Rhaiza sigue al frente desempeñando una muy buena labor en apoyo a los programas. Tiene sus oficinas en el “Palomar” de La Casita, es el único segundo piso con que cuenta la sede y está ubicado en el fondo de la misma.

—Cuando asumí la presidencia no tenía ninguna experiencia laboral, sólo había sido ama de casa y mamá – confesó Rhaiza—

Eso no la detuvo para enfrentar los retos que tenía como presidenta. Ese primer año fue de aprendizaje.

— El primer año cuando tuve que rendir el informe de la Asociación — cuenta Rhaiza — había que hacerlo en un desayuno con el Alcalde Leopoldo López y las autoridades municipales. Iba preparada con una presentación audiovisual y, para mi mala suerte, la computadora se dañó. Me vi en la necesidad de leerlo. Me temblaban las piernas, la voz se me escondía y cuando aparecía se me quebraba, fue horrible, hasta que Leopoldo me dijo: Tranquila que no te vamos a comer— Rhaiza es parte fundamental de la casita, se le ve haciendo cualquier tarea, por humilde que sea, para aportar al funcionamiento del programa.

En el 2008, asume el mandato como Alcalde Emilio Graterón, en este período se profundiza y expande el programa en calidad y cantidad. Se intensifican las actividades regulares en los espacios abiertos del Municipio.

En el 2013, Ramón Muchacho, asume la Alcaldía del Municipio. Continúa con el programa de Juventud Prolongada, y se amplía, a través de la Fundación, los beneficios para los usuarios. Se hace un convenio con una cadena de farmacia para brindarle los medicamentos a los integrantes del programa que así lo requerían.

El programa de Juventud Prolongada sigue ampliándose y cada día aumenta el número de usuarios que lo utilizan.

La situación social del país se profundiza y las calles de Chacao se vuelven centros de protestas constantes. En agosto del 2017 Ramón Muchacho es sentenciado por la Sala Constitucional del Tribunal Supremo de Justicia, a 15 meses de prisión y se le declaró inhabilitado políticamente. Muchacho se exilia en Estados Unidos. El Concejo Municipal de Chacao designa al Concejal Gustavo Duque como Alcalde para terminar el período. En las elecciones del 2017, Duque se lanza como candidato a la Alcaldía y gana las elecciones.

A él le ha tocado una etapa fuerte; por un lado, el aspecto económico de vivir una hiperinflación por más de cuatro años, seguida de una inflación anualizada de casi el 500%. Por otro, vivir una pandemia que prácticamente paralizó toda actividad ciudadana por más de dos años. Pese a esta situación social y económica, mantuvo los diversos programas en funcionamiento.

Derivado de la situación País, Duque, se encontró con la realidad de una población formada mayoritariamente por adultos mayores que en su mayoría habían quedado solos. Los hijos y nietos formaban parte de la gran masa de venezolanos que emigraban.

Chacao en sus principios, tuvo un fuerte aporte de emigrantes mayoritariamente europeos (españoles, portugueses, italianos) y cuya descen-

dencia, ante la realidad que se estaba viviendo en el día a día, decidieron regresar al país de origen de sus padres.

La Alcaldía, ante esta situación, usando el eslogan “en Chacao nadie está sólo”, realiza acciones para el acompañamiento de la población de Chacao en general y en especial al adulto mayor que presenta alguna patología y que el Programa de Juventud Prolongada no contempla.

Con esa frase, más el uso de la nueva tecnología, logra el sentir de la cercanía de los funcionarios de la Alcaldía al ciudadano común.

A través del uso de WhatsApp, crean varios grupos vecinales donde el chacaoense que presenta algún problema: de índole vecinal, de salud o seguridad obtiene una rápida respuesta.

Bajo el mismo eslogan “En Chacao nadie está solo” a finales del 2024, la Alcaldía implementa el programa de entrega de medicinas mensuales, sin costo para el beneficiado, donde se cubren ciertas patologías que aquejan al adulto mayor.

A estas acciones de cercanía al ciudadano, se le suma la figura de Vanessa Bachrich de Duque, quien acompaña a Gustavo en las labores de atención al ciudadano. Vanessa, participa activamente, en las actividades que se realizan en La Casita.

II

Casita; así es como cariñosamente se conoce la sede del Programa Juventud Prolongada; está ubicada en la calle Monseñor Juan Luis Grilc, al lado de la cancha Látigo Chávez. Realmente es una casita, desde donde se parte a los espacio abierto del Municipio para realizar las actividades.

Tiene una característica que la hace única: se practica la verdadera democracia, allí, conviven y comparten, mujeres y hombres que en su vida formativa fueron, abogados, administradores, contables, oficinistas, peluqueras, dueños de negocios, costureras, docentes, periodistas, domesticas, dirigentes medios de alguna organización política, gerentes, pintoras, manualitas, dentistas, bióloga; en fin, toda la gama de profesiones y oficios que conforman la sociedad. Pero al llegar a La Casita, todos, sin excepción son usuarios(as) del programa.

La riqueza en experiencia que tienen los usuarios es ilimitada; todos tienen algo en común, las cicatrices que los diversos combates de la vida les han dejado, porque como dice Neruda, Confiesan que han vivido, ninguno se quedó en una caja de cristal, todo salieron adelante, bien por voluntad propia, bien porque la vida los empu-

jó a ello. Y ahora pueden rememorar su pasado sabiendo que lo lograron, de allí, la alegría de haber llegado a donde están.

PARTE II

I

La mezcla de razas en nuestro país data desde la conquista, cuando los primeros europeos tocaron tierra americana y entre el recelo por lo desconocido y la fascinación de lo que veían quedaron prendados con las pobladoras autóctonas.

Después con la colonización trajeron a los negros a trabajar en las grandes haciendas y se mezclaron sin ningún trauma con el resto de la población. Aun cuando las clases sociales de esa época eran muy estrictas, siempre había un “desliz”, que en la alta sociedad se acallaba, más no así en el pueblo llano.

La sabiduría popular tiene un dicho “si meneas muy duro el árbol genealógico de cualquiera van a caer un indio, un negro y un blanco” aún cuanto su piel sea muy blanca o muy negra”.

Nació cuando el sol despuntaba por el horizonte—Aurora— musito su madre abrazando tiernamente a la niña que la partera colocaba en su regazo.

Aurora nacida en la Sierra de Coro, Falcón, era descendiente directa de Isabel, una española, Castellana, que, para finales de 1890, llegó a la ciudad de Coro, de visita a unos paisanos.

Isabel tenía el destino trazado. En esas áridas tierras que sólo vino a conocer por curiosidad, encontraría a un descendiente de los caquetíos originario, quedó

prendada de él, a tal punto que ni los convencionalismos sociales, ni las diferencias étnicas, ni las diferencias culturales le importaron.

José tenía unas tierras en los altos de la sierra, en Santa Cruz de Mora. En la Hacienda, se dedicaron al cultivo y a tener a su prole.

Aurora, recuerda muy poco de su abuela; pero lleva en su sangre como herencia la intrepidez de ella y la constancia de su abuelo.

Recuerda con nostalgia la casa paterna, esa misma que su abuelo construyó bajo la dirección de su abuela Isabel.

—Era grande, de estilo mediterráneo, con grandes pasillos, mi abuela y luego mis padres fueron formando una basta biblioteca. — recuerda Aurora — Mi madre me enseñó a leer a los cuatro años. Yo a los ocho años ya había leído todos los libros de aventuras de Julio Verne que estaban en la casa.

Cuando Aurora tuvo edad para ir al colegio fue mandada a Coro, a la casa de una tía solterona que la acogió como si fuera suya y la inscribió en el colegio de monjas.

Así transcurrió su infancia y parte de su adolescencia, entre Coro y la hacienda en la Sierra.

Aurora, entre ida y venida de Coro a la Sierra, se enamoró de un vecino de la Sierra, Carlos, que conocía desde pequeña y con quien hacía sus correrías por el campo.

Carlos, viendo poco futuro en su pueblo y entusiasmado por lo que sus amigos contaban, se alistó para cumplir el servicio militar obligatorio. Cuando terminó el servicio, se unió en la policía nacional y fue mandado a Caracas.

Aurora, mantuvo el contacto con Carlos por cartas que tardíamente le llegaban de mes en mes, y de vez en cuando, Carlos la llamaba por teléfono, conversaciones que tenía que adivinar porque más era la interferencia de la estática que lo que oía.

Terminó sus estudios y con el título de bachiller comercial, a sus 20 años, decidió buscar trabajo en Coro. Un año de experiencia y un presentimiento la llevaron a armar maleta y tomar el bus para Caracas.

Una mañana fría, con gajos de neblina, recibió a Aurora en Caracas. Corría el año 1965. Asombrada por el bullicio de la ciudad y agarrando firmemente su pequeña maleta de cartón, tomó un taxi hasta la sede de la policía, allí, preguntó por Carlos.

Esperó sentada en la sala, mientras veía el movimiento constante de la delegación policial. Cuando a las horas, Carlos apareció, Aurora se sintió más tranquila

— Por qué no me avisaste —fue el saludo de Carlos. Salieron de la delegación y Carlos le explicó que vivía en una habitación en el barrio La Moran. Y allí la instala con él.

El barrio La Moran, como muchos otros que nacen en los cerros de Caracas, aparecen como consecuencia de la renta petrolera. Venezuela pasa tener un 85% de población en el área rural a un 15% en el campo. Más del 50% de la gente que habita las barriadas, son ellos o sus padres, emigrantes internos. (Luis Ugarte).

Las zonas de preferencia, de esta migración interna, son las industrializadas. Siendo su destino el Distrito Capital, Zulia, Anzoátegui, Carabobo, Miranda, portuguesa, Bolívar y Barinas.

La migración interna comienza a sentirse. Los cerros que circunda la ciudad de Caracas empiezan a llenarse de barriadas, de noche con las luces prendidas y vistas a la distancia, parecían parte de un pesebre, pero la realidad de lo que estaba creciendo en los cerros caraqueños, era otra.

Aurora no tenía muy claro lo del barrio, en Coro había barriadas pobres que se extendían a lo largo de calles de tierra en las afueras de la ciudad. Pero aquí, el barrio La Moran estaba en un cerro, donde las casas se sobreponían una encima de otras y se llegaba a ellas por unas largas escaleras que parecían ascender hasta el cielo.

En la tercera escalera estaba la humilde vivienda donde Carlos arrendaba una habitación.

La casa era compartida con la familia de un compañero policía. Carlos abrió la puerta de la

habitación y en ella estaba una cama, una mesa y la ropa de Carlos. Las paredes eran de bloque sin frisar y el techo de zinc. Aurora notó toda la carencia que la rodeaba, pero no le importó: estaba con Carlos.

En los días sucesivos, su objetivo era ayudar a la economía de ambos, se dedicó a buscar trabajo, vio que en el periódico había muchas ofertas así que no le fue difícil conseguir.

Comenzó como parte de un pool de secretarias. Su jornada era larga, entraba temprano en la mañana y salía con la caída de la noche. Pero no le importaba: estaba con Carlos

A los meses, ya tenía en su vientre el fruto de su amor y comenzó a darse cuenta de aquello que no había querido ver: Carlos había cambiado. El ambiente en que se desenvolvía lo había marcado. Ahora tomaba y llegaba borracho a altas horas de la noche y otras no llegaba hasta el día siguiente.

El barrio donde vivía, comenzó a ahogarla. Añoraba por un lado el calor claro de Coro, y por el otro la brisa llena de olores campestres de la Sierra.

Comprendió que el barrio tenía su propio olor, que se le pegaba a la ropa, ese olor no era el olor de las urbanizaciones, ni de las oficinas, era un olor rancio, muy fuerte.

La primera vez que vio al vecino del barrio de 14 años, que vivía dos casas más arriba, sentado en

la escalera con una pistola a su lado, se asustó. El adolescente sonriendo ante el susto de su cara le dijo — tranquila vecina, aquí no nos metemos con los nuestros—

Ahora, el joven y sus amigos con sus “juguetes” se habían vuelto parte del paisaje del barrio. Pocos años después, vio la cara del adolescente en la última página del periódico. Había caído entre pelea de pandillas.

Aurora decidió que su hijo no nacería allí, en ese barrio. Diariamente buscaba en los avisos clasificados una vivienda que pudiera costear.

Su constancia dio frutos, salió del barrio para un pequeño apartamento en Propatria, donde llevo a su hijo al nacer.

— No fue fácil— cuenta— de tanto caminar para ahorrar, de tanto buscar, las suelas de los zapatos se me rompieron y tuve que ponerle cartón, porque estaba ahorrando para poder mudarme, así como solo tenía 5 vestidos que intercambiaba en los días laborales, de resto vestía una batica, para no gastar la ropa de ir a trabajar—

Cambió de empresa con un mejor cargo y asumió los gastos. Carlos se alejaba cada vez más y ella no sabía cómo recuperarlo.

En la empresa fue ascendiendo hasta llegar a un puesto de gerencia media. Pudo mudarse al Este de Caracas, con ese cambio Carlos quedo atrás

entre botellas vacías y mujeres ocasionales. Para entonces Aurora, era cabeza de familia con dos hijos a quien cuidar

—Me volví una mamá de teléfono. Los llamaba para verificar sus llegadas, verificar si habían hecho lo que les correspondía en la casa, chequear las tareas, hablar de su día en el colegio. Si en ese entonces hubiera existido los celulares hubiera sido más fácil porque podría haberlos visto en una video llamada—

En las noches llegaba a preparar la comida del día siguiente, chequear las tareas, y a abrazarlos muchos. Cumplía la doble jornada como profesional y ama de casa. Una vecina se convirtió en su amiga y su apoyo.

Supo después de Carlos, porque falleció por problemas causados por el alcohol

—En vacaciones, me llevaba a mis muchachos para la Sierra y allí pasábamos 15 días con mi familia. Cuando los niños crecieron, sus intereses fueron otros y dejamos de ir a la Sierra.

Con un dinero que había ahorrado más un préstamo que le dio la empresa donde trabajaba, compró aquí en Chacao.

Hoy sus hijos son profesionales, emigraron a otras latitudes en busca de mejores oportunidades.

Aurora, ya jubilada, comienza a quitarse responsabilidades y a buscarse a sí misma, a darse tiempo. Así llega al programa de Juventud Prolongada, donde

día a día se rescata, se reencuentra con la niña aquella que correteaba descalza por la sierra de Coro.

Por la misma fecha en que Aurora llega a Caracas, en la otra punta de la geografía de Venezuela, en el oriente, en la ciudad de Carúpano, un pueblo del estado Sucre, Luisa con apenas 12 años, esperaba sentada en la sala de la casa, nerviosa y asustada.

Vestía su traje dominguero, en la cabeza un gran lazo recogía su abundante cabellera. A su alrededor sus tías y abuela revoloteaban.

Su tía Narcisita, con quien había vivido los últimos dos años, la miraba con cariño lleno de orgullo.

—No te muevas, tu quédate allí sentada, no vaya a ser que te ensucies— le dijo.

Luisa, asintió con la cabeza, porque el miedo y las expectativas, le hacían un nudo en la garganta. Además, se sentía como una princesa a la que sus súbditos complacían.

Cuando todo estuvo listo, se asomó el sr Antonio, el vecino. —Vamos, mujeres que ya es hora, todas al carro— Miro a Luisa que esperaba rígida en la silla y le sonrió.

Luisa viajaría en avión a la capital, a Caracas, era la primera de la familia que lo haría en un avión y además sola. Su madre, que hacía más de dos años se había ido a Caracas, la reclamaba.

En el aeropuerto, el avión bimotor la esperaba.

Antes de subir al avión y entregar la niña a la aeromoza, la tía Narcisa, con los ojos llorosos la abrazo. — Mija, haga caso a su mamá, ella tiene un carácter fuerte, pero la quiere mucho, y no hable con desconocidos—haciéndole la cruz en la frente — San Miguel Arcángel, protégela de todo mal— Todo pasaba tan rápido, que para Luisa parecía que fuera otra la que estaba viviendo esos momentos. Cuando el avión aterrizó, pudo ver entre la multitud, la cara querida y temida de su madre.

Mientras tía Narcisa era puro abrazos y besos, su madre, Josefina, era una mujer recia que poco demostraba sus sentimientos, estaba criada con el principio que los niños no opinaban, solo obedecían a sus mayores, que eran los que sabían lo que les convenía.

Amaba profundamente a su hija, su amor estaba revestido de rigidez y de protección. Por ella había salido de su pueblo y se había lanzado a la capital para buscarle un mejor porvenir, estaba decidida a que ella no pasara las penurias que la habían marcado.

Ella ya había trazado los pasos de Luisa.

Con la maleta de Luisa, salen del aeropuerto y toman el bus para Caracas. La niña mirando por la ventana, queda asombrada por lo que ve, grandes edificios, avenidas de cuatro canales, mucho tráfico, mucha gente.

Así fue el primer contacto de Luisa con Caracas, corrían los años 60.

“Caracas, la sucursal del cielo”, así era como le decían a la capital de Venezuela. En los años 60 y 70, era una de las ciudades más bonitas y modernas de América latina.

Ya afinales de los años 50, el flujo de petróleo y el dinero que vino con él, le permitieron al dictador Marcos Pérez Jiménez impulsar grandes obras arquitectónicas: El Campus de la UCV, el Hotel Humboldt, el Centro Simón Bolívar, entre otras obras, así como puentes autopistas, viviendas modernas y torres para oficinas gubernamentales.

A la caída del dictador, comienza una frágil democracia, que con el tiempo fue afianzándose. Las tres décadas siguientes fueron de expansión y crecimiento.

Luisa y su madre llegaron a una pensión en la Pastora. Después de intercambiar información sobre la familia que quedaba en Carúpano, le informó que por la mañana la llevaría al Patronato del San José de Tarbes. Las monjas la estaban esperando. Entraría como interna, y ella los Domingos la buscaría para pasar el día.

—Le haces caso a las monjitas mijita, y aprovecha todo lo que te enseñen,— le aconseja su madre— es por tu bien, y no se te ocurra estar llorando, hay que ser fuerte

Luisa, quedó desarraigada, sola, en un colegio de monjas que brindaba una educación muy buena

pero estricta. Las primeras noches en la soledad de su cama, lloró abrazando la almohada. Extrañaba los besos y abrazos de su tía Narcisita.

Los primeros días, le costó adaptarse a la rutina del internado que se cumplía con un horario estricto. Pronto la añoranza quedó atrás y el deseo de conocimiento ganó la batalla.

Los domingos, después de misa, salía con su madre y paseaban por El Parque los Caobos o El Paseo de los Próceres. ¡Era tan grande esta ciudad, había tantos colores, olores y sabores!

Nos cuenta Luisa que un momento importante que la marcó, pasó al poco tiempo de desarrollarse, a sus 13 años.

— Una tarde estaba sentada en el jardín del colegio— nos dice Luisa— tuve, lo que hoy llamaría una epifanía, voy a tratar de decir en palabras lo que sentí.

Supe que, solo existía Yo y lo que me rodeaba. Si pensaba en tía Narcisita, ella existía, si pensaba en Sor Inés, ella existía; pero sino, solo existía yo y lo que me rodeaba.

Es difícil poner en palabras lo que sentí en ese momento, fue una combinación de angustia y asombro.

De allí en adelante, la asaltaron las preguntas, que, sin ella saberlo en ese entonces, se han hecho los grandes filósofos de la humanidad: ¿Quién soy? ¿Por qué estoy aquí? ¿por qué me pasa esto a mí y no a otro? ¿Cuál es el sentido

de todo?, ¿cuál es el significado de estar viva?

A sus escasos 13 años comienza a buscar respuestas, y empieza por lo que la rodeaba: la fe cristiana —Casi me meto al convento— confiesa— pensaba que ese era el camino que me daría las respuestas. Las oraciones tomaron sentido para mí, las horas que pasaba en la adoración al Santísimo, se hicieron livianas.

Pero en una de las labores sociales que las monjas la llevaban, fue a un hospital, allí tuvo contacto con la enfermedad y la fragilidad del cuerpo.

— Ese fue otro momento que me marcó— dice— ¿por qué unos enfermaban y otros no? Vi como unos asumían la enfermedad con valentía y otros con resignación—

En ese momento decidió estudiar medicina. Sabía que su situación económica no le permitía estudiar una carrera tan larga y costosa y vio como alternativa la enfermería.

Para cuando salió del bachillerato, su madre había conseguido pareja, tenía dos medios hermanos y vivía en un apartamento en el 23 de enero.

Fue a vivir con su madre y su pareja, mientras estudiaba enfermería, ayudaba a su madre con sus hermanos y en la casa. Paralelo al estudio de enfermería indagó sobre ese conocimiento oculto que la movía como un motor.

En una revista “Vanidades” encontró un cupón para suscribirse a los Rosacruces. Por una módica

ca suma, que conseguía guardando lo poco que le daban, se inscribió y mensualmente le mandaban las lecciones; tuvo un tiempo perteneciendo a esa orden, hasta que el estudio le pedía hacer ciertos rituales. Un día su madre sin previo aviso entró al cuarto y la encontró ritualizando, y se armó la gorda.

—Ahora si nos acomodamos, perdí mi plata con las monjas, tú haciendo brujería— le dijo su madre. Furiosa le desbarató de un manotazo, las velas y las otras cosas que tenía en la mesita que le servía de altar.

Hasta allí llegaron esas enseñanzas.

Se graduó de enfermera y con su primer sueldo se independizó se mudó a una pensión en El Silencio. En esos años ayudaba a su madre económicamente.

A sus 25 años se enamoró de un médico internista que la sacó de EL Silencio y la llevó a La Candelaria a un apartamento que él tenía.

—Fueron unos años felices— recuerda—allí nacieron mis dos hijos, ambos trabajábamos y estábamos ahorrando para tener casa propia.

—Pero no todo dura, él terminó el internado, realizó una especialización y cambio, o cambiamos los dos. —reconoce Luisa— Lo cierto es que empezamos a distanciarnos.

Como había dos hijos de por medio y un fuerte cariño, la separación fue de mutuo acuerdo. An-

tes de separarse lograron comprar en Chacao. Luisa quedo con el apartamento y los dos niños en custodia.

Él, cumplió con su rol de padre. Los niños pasaban fines de semana y parte de las vacaciones con él— nos dice Luisa— inscribió a los niños en uno de los colegios de curas de aquí, de Chacao.

Nos habíamos separado como pareja, pero seguíamos siendo padres. Con el tiempo, él se convirtió en una referencia en su especialidad médica—

En esta etapa de su vida, volvieron con más fuerzas sus inquietudes existenciales. No comprendía por qué a ella le pasaban las cosas que a otros no.

Estudio Budismo Zen, Metafísica, El poder de la mente, bioenergética, medicina alternativa, cómo la mente y las emociones influyen en nuestra salud y cuanta corriente no convencional estuviera a su alcance.

Ahora había una apertura a esa nueva corriente de pensamiento, estaban de moda, se hablaba de ellas fácilmente, cosa que no se hacía veinte años atrás.

Pero seguía viendo como sus pacientes, unos morían y otros desahuciados se aferraban a la vida y salían adelante contra todo pronóstico médico.

Al final, comprendí— nos dice Luisa— que sólo somos una brizna de paja movida por el viento. Que creemos tener el control de nuestras vidas, pero

no es así. Hay otra fuerza que nos mueve, que solo somos libres de elegir y lo hacemos a cada instante, aún en las cosas pequeñas del día a día.

Y entonces ¿por qué no elegir ser feliz?, las cosas que nos suceden, elegimos si nos afectan o no, porque al final todo pasa, nada queda permanentemente.

Después de buscar en varias escuelas de “la nueva era”, volvió a su formación cristiana.

Comprendí que el mensaje inicial del cristianismo— nos explica Luisa— se había tergiversado a lo largo de los siglos, pero la esencia del mensaje estaba allí.

Si cumplimos las enseñanzas del maestro Jesús de corazón y no como letra muerta, se vuelve un verdadero manual de vida—

Además— añade— no importa la forma en que te den el conocimiento, todos en el fondo buscan lo mismo. Todos los caminos conducen a Roma, si lees la palabra Roma al revés, encuentras que en esa palabra está todo. —

Sus hijos se graduaron y tomaron rumbo a países lejanos. Uno está en Chile y otro en Argentina. Ellos la visitan cada cierto tiempo.

—No me gusta el clima de esos países, o es muy frío y lluvioso o es muy caluroso—comenta Luisa.

Luisa se jubiló, a veces da atención de pacientes a domicilio, pero muy de vez en cuando.

Entró al Programa de Juventud Prolongada, siempre está sonriendo, animando a otras compañeras, tiene la dulzura a flor de piel muchas de las usuarias se le acerca para hablarle porque dicen que ella las reconforta.

II

Los Ítalos—venezolanos, están enraizados en la historia de nuestro país desde el comienzo. Nombres como Francisco de Graterol que llegó a estas tierras en 1535 y junto con Juan de Villegas fundan a Barquisimeto; es una muestra de ello.

También tuvieron presencia en la guerra de independencia en los campos de batalla, como Luigi Santinelli, Cristóbal Pallavicini, entre otros. Si seguimos buscando, encontramos, en nuestra historia a sus descendientes directos como Juan Germán Roció que redactó la primera constitución en Caracas en 1811.

En la historia más reciente de Venezuela, bajo el mandato de Marcos Pérez Jiménez, se promueve la inmigración europea. Dentro de esa emigración llegan más de 300.00 italianos; uno de ellos era Lorenzo.

Lorenzo era un joven italiano del pueblo de Arezzo, a sus 17 años, sentía la inquietud del que no se conforma con lo que lo rodea. Hijo de campesinos que poseían una parcela donde cosechaban aceitunas; él junto con sus hermanos, acompañaban a su padre en el cuidado de las matas de olivo.

Lorenzo, tenía una inquietud que lo corroía, so-

bre todo cuando en las tardes, se reunía con sus amigos que hablaban de emigrar a América y las oportunidades que se le abrían en esas tierras.

No sabía cómo plantearle a su padre que quería correr aventura en ese mundo ancho que había más allá de Arezzo. Cuando su vecino, Marcelo le contó que se iría, decidió hablar con su padre para marcharse con Marcelo.

No conoces a nadie en América, Lorenzo— le respondió su padre—

Pero Marcelo sí— le contestó Lorenzo— Tiene unos primos allá que nos ayudarán a establecer-nos, siempre que usted me dé su bendición—

El padre lo miró y vio la determinación en los ojos del joven; con una sonrisa triste le dijo— Ve con Dios, siempre puedes volver, ésta es tu casa—

Una fría mañana, los jóvenes embarcaron para América, su destino, una isla llamada Cuba.

Cuando arribaron a la isla, lo primero que le impresionó fue el clima tropical y la alegría de su gente. Corría el año 1957.

Los primos de Marcelo que lo recibieron, los alojaron en una pensión en La Habana, allí les explicaron que estaban solicitando la entrada en Venezuela que propiciaba la migración de europeos.

Los jóvenes solo duraron unos pocos meses en la isla, que les permitió lograr un rudimentario idioma del castellano y dejar atrás al campesino que traía con ellos.

Durante la década del 48 al 58, más del 50% de las construcciones caraqueñas, fue realizada por contratistas y mano de obra italiana.

El primer trabajo de Lorenzo fue en la construcción, trabajo que consigue a través de la red de compatriotas que ya estaban asentados en Caracas.

Los primeros años fueron de duro aprendizaje: dominio del idioma, nuevas costumbres, nuevo trabajo. Muchas veces, la soledad y la tristeza lo envolvieron. La añoranza de su tierra, la camaradería con los hermanos, el áspero cariño del padre le hacía falta.

El cargar sacos de cementos, arena y bloques, le robustecieron el cuerpo y el carácter. Ahorraba todo lo que podía, a veces almorzaba un pan mojado con Coca— Cola. Veía ese trabajo como un trampolín para otra cosa. Cuando la obra terminó, quedó sin empleo, solo con la promesa que lo volverían a llamar si salía otra obra. En esos días casi se quiebra. Y ahora ¿qué?, ¿cuándo me volverán a llamar?, ¿cuánto puedo vivir con lo ahorrado? Eran pensamientos que se le cruzaban, llenándolo de pesimismo.

Un compatriota que trabajó con él en la construcción, lo animaba y le habló de un sitio en La Candelaria donde estaban buscando personal.

Consiguió entrar como mesero en una tasca en La Candelaria, como el trabajo requería menos esfuer-

zo físico que el trabajo de la construcción, después de la jornada tenía energía para otras cosas, así que decidió estudiar para sacar su sexto grado para manejar mejor el idioma hablado y escrito.

En la tasca, paso a ser ayudante de cocina y allí conoció todo el manejo de un negocio de cocina, dónde se compraban más económicos y más frescos las mercancías para cocinar, quienes eran los proveedores.

Los días libres recorría Caracas buscando donde establecerse. En esos recorridos llegó a Chacao y encontró que estaban ofertando un local en un edificio pequeño. Se asoció con otro compatriota y dieron la inicial para montar una cafetería restaurante.

Conoció a algunas venezolanas con quienes tuvo relaciones breves, no terminaba de sentirse cómodo con esas relaciones porque no compartían los mismos fundamentos de su crianza.

Supo que varios de sus compatriotas buscaban sus esposas en su tierra de origen, y decidió probar suerte, se sentía muy sólo.

Le escribió a su tío Leonardo para que le ayudara a buscar esposa en su tierra de origen, una mujer que compartiera sus valores, sus raíces.

Lucia, vivía en Arezzo, de la provincia italiana de la Toscana, a sus 19 años era fuerte cantidad para casarse, pero en Arezzo había emigrado la

mayoría de la población masculina, ya sentía que se quedaba para vestir santos.

En las tardes salía a pasear por las calles de su pueblo donde se encontraba con sus amigas, el tema los de conversación siempre caía en la falta de jóvenes del pueblo, en las puertas las viejas del pueblo vestidas de negro se sentaban en las entradas de las casas y las seguir con la mirada. Así, pasaban sus días, entre las obligaciones caseras y los largos paseos con sus amigas

Lucia tenía muy buen trato con sus vecinos, la familia del tío de Lorenzo, Estos le dijeron que tenían un sobrino que estaba en Venezuela y le iba muy bien y ya estaba en edad de casarse y quería hacerlo con alguien del pueblo para no perder los lazos con el terruño; él había pensado que ella era una buena candidata para formar parte de su familia. Lucia lo pensó, estaba tan lejos esas tierras llamada Venezuela

Lucia pensaba; y si no se adaptaba, si extrañaba a su familia que era una familia con sólidos principios religiosos y fuertes lazos familiares y si el hombre le salía malo, ¿quién la socorrería tan lejos?

En su casa estaba protegida por sus padres y tíos. Aunque no tenían una posición económica sólida su familia no pasaba penurias, su padre junto con sus tíos tenían una pequeña empresa

artesanal, había meses muy buenos y otros no tan buenos, pero en general vivían bien.

Pero a los 19 años las ganas de aventura, el arriesgarse, siempre ganan. Decidió por hablar con el tío de Lorenzo, previo consentimiento de sus padres, para cartearse con el sobrino e irlo conociendo a la distancia.

Al principio intercambiaron cartas tímidas, después fotos y por último que esperaban uno del otro, así pasó más de un año. Cuando Lorenzo llegó a Arezzo, Lucia sentía que en parte ya lo conocía. Era 10 años mayor que ella.

El día que Lorenzo fue a formalizar la relación con el padre de Lucia, fue recibió en la sala de la casa, el padre le pidió a Lucia y a su madre que los dejaran sólo que fueran a preparar una merienda para la visita.

Ellas salieron de la estancia, pero pegadas a la puerta de la cocina escuchaban fragmentos de la conversación.

El padre de Lucia, con recelo al principio, estudio al joven y entre otras cosas le dijo

Lucia ha sido criada en un ambiente de respeto y temor a Dios. Nunca ha visto violencia en esta casa, sólo respeto, espero que usted tenga los mismos principios; el respeto en la pareja es lo más importante junto con el hablar, espero que eso continúe en el hogar que quieren formar—

Lucia se casó en su terruño y llegó a Venezuela a emprender su nueva vida, no fue fácil. El idioma, las costumbres y la añoranza marcaron sus primeros años en estas tierras.

En la década de los 60, los italianos y su descendencia directa era la comunidad europea más grande en Venezuela, la seguía la española y portuguesa.

Se estima que 6% de la población actual venezolana, tiene un origen italiano. Políticos, como el Presidente Raúl Leoni, es descendiente directo de italiano; su abuelo era un refugiado italiano. Los hijos de Lucia y Lorenzo formaron parte de ese 6%.

Criaron a sus hijos, bajo las costumbres que traían de su pueblo, y sus hijos las mezclaron con las costumbres que recibían en el colegio.

Lucia ayudó a su esposo en la cafetería que regentaba, vivían arriba del local, lo que le facilitaba el poder abrir el negocio a tempranas horas de la mañana, ayudó en la atención de los clientes y en la limpieza del local.

La familia viajaba cada cierto tiempo a Arezzo para no perder contacto con sus raíces; cuando murieron sus padres, sintió que la unión con su tierra natal se debilitó y cada día crecía más el amor por esta tierra.

Cuando los hijos crecieron y se graduaron y cada uno cogió su senda, no tenía mucho sentido seguir con la jornada laboral que se habían impuesto.

Vendieron la cafetería. Son unos de las pocas parejas que usan el programa de juventud prolongada. Leonardo disfruta de las tardes de dominó; juntos, de las tardes musicales y los eventos culturales. Lucia es más activa que Lorenzo, que a veces la acompaña a la plaza Bolívar de Chacao. Se sienta en un banco a ver a Lucia hacer los ejercicios.

III

El inicio de la misa la anuncian las campanillas del monaguillo. El cura, alto, solemne inicia el ritual.

En la tercera fila de bancos una mujer canosa, ve en el cura rasgos familiares, pero no logra ubicar su cara.

El rito religioso pasa sin percance, cuando llegan a las peticiones el cura hace una especial

—Por la salud de mi profesora de inglés, Josefina, que está aquí con nosotros—

De golpe, le vinieron los recuerdos como una cascada de agua que la bañó.

El alumno rebelde que sabotaba las clases, que siempre tenía una respuesta insolente. Al que tuvo que dedicarle más tiempo que a otros, no para enseñarle inglés, sino para que se aceptara sí mismo.

Como él, cuántos no pasaron por sus manos, algunos totalmente anónimos, otros como el cura, marcaron en ella la impronta de la vocación.

Camino a su casa, ese domingo, Josefina pierde el contorno del presente y se ve de nuevo joven.

Proviene de una familia clase media baja, y se ve en la necesidad de estudiar algo corto, que le permita ayudar al sustento familiar.

Así que decide estudiar el bachillerato normalista. Modalidad que le permite incorporarse rápidamente al mercado laboral.

Josefina recuerda el entorno de su procedencia. Aunque vivía en una zona considerada de buena posición, lo cierto era que ella y su familia vivían en la zona marginal de la Urbanización Los Palo Grandes

La urbanización Los Palos Grandes debe su nombre a unos árboles altos y frondosos que se encontraban en esa zona en gran cantidad: el Mijao o el Mijaguo, como algunos los denominan.

En los años 60, las urbanizaciones Los Palos Grandes igual que la urbanización de Los Chorro, habían pasado de ser unas zonas de veraneo de las familias ricas de Caracas, a convertirse en urbanizaciones destinadas a clase media—alta. Pero aún quedaba una zona de casitas muy humildes, donde vivían los empleados que atendían las necesidades domésticas de las grandes casas que aún sobrevivían junto a los edificios que se estaban levantando. En esas casitas tenía su hogar Josefina

El padre de Josefina trabajaba como jardinero y su madre como cuidadora de una de las casas veraniegas que aún subsistía.

El recuerdo de su procedencia, la lleva a recordar la primera vez que ejerció su rol de docente. Tenía 18 años.

Su primera experiencia fue en un barrio de Petare; corrían los años sesenta. Para llegar a tiem-

po se levantaba con el alba. Tenía que tomar un carrito por puesto que la dejaba en la parada del jeep que la subía a la escuela.

Le habían asignado uno de los dos 6to grados que tenía la escuela. Tenía a su cargo 35 alumnos pre adolescentes y algunos, adolescentes.

Con su primera experiencia Josefina se sintió identificada con sus alumnos. Vio en algunos de ellos, el deseo de aprender para mejorar sus condiciones de vida; ese deseo que latía dentro de ella.

Llegó a conocerlos a todos. Hoy no recuerda sus nombres, pero sí sus caras. Unas llenas de deseos de aprender, otras de una triste resignación ante la realidad que vivían.

De ese grupo recuerda la experiencia que tuvo con José, era un adolescente retraído, uno de los que se esforzaba por seguir las enseñanzas, pero faltaba mucho a las clases. Josefina se percató que la ausencia era en días alternos. Y se preguntó ¿Por qué en días alternos y no seguidos?

Ese día, le dijo a José que esperara después de clases. Los compañeros entre risas y bromas se burlaron del él —“Qué hiciste” “Ay mamá te agarro la policía”—.

Cuando Josefina le preguntó por qué faltaba tanto, al principio José no quiso decirle; de tanto insistir y amenazarlo con llevarlo a la Dirección, el niño le confesó — es que, en mi casa, sólo

tenemos un par de zapatos, mi hermano que estudia 5to grado calza igual que yo, mae, nos intercambiamos los zapatos. El los usa un día para venir a la escuela y el día siguiente los usos yo. No podemos venir en chancas—

Josefina con su primer sueldo le compró un par de zapatos a José. Ahora piensa que ojalá hubiera sido tan fácil la solución para ayudar a ese grupo de jóvenes, pero no fue así.

El entorno se impuso. Muchos no terminaron el año, algunos fueron reclutados por bandas que tenían su sede en el barrio.

Algunas de las adolescentes comenzaron hacer vida de pareja, otros abandonaron porque tenían que llevar el sustento a su casa. Al final solo culminaron 13 alumnos la primaria, entre esos José. Recuerda, Josefina, que una noche fría como cualquiera en Los Palos Grandes, ella estaba en su cuarto, en la casita de sus padres, sentada en la cama corrigiendo los cuadernos de sus alumnos, cuando escuchó un sonido sordo que la sorprendió e inmediatamente la cama se meció como si estuviera en el agua en lugar de tierra.

Fueron los segundos más largos de mi vida, evoca. Quede paralizada. Reaccioné gracias a los gritos de mi madre, mis hermanos y de mis vecinos.

Salimos todos a la calle y escuchamos otro estruendo, eran los edificios que habían colapsa-

do. A mi alrededor, en mi barrio no pasó nada. Las casas quedaron sin daños graves.

Ese terremoto de 1967, se quedó grabado en su memoria. Los días siguientes todos se abocaron al rescate de posibles sobrevivientes.

Fue muy triste, recuerda, vivir esa experiencia en primera fila.

Muchos años después, volvió a vivir otro suceso: El deslave de La Guaira. Aún cuando su corazón se oprimió, el impacto para ella fue distinto. Lo vio por televisión a la distancia, pero compartió con los afectados por el deslave, el sentimiento de impotencia que se siente ante la fuerza de la naturaleza.

Cuando se reanudó la vida cotidiana, después del terremoto, Josefina siguió laborando en su escuela en el barrio, pero no se conformó, su sed de conocimientos, la llevó a inscribirse en la universidad para obtener el título de Profesora. Sus jornadas eran fuertes, trabajaba y estudiaba al mismo tiempo.

Logró coronar con éxitos sus estudios y pasó a ser profesora en un liceo de Caracas, Lo que nadie le había dicho era que tenía que laborar 45 horas académicas para obtener un sueldo que justificará sus esfuerzos.

Pasó de tener un sólo grupo de 35 alumnos, a tener 6 y hasta a veces 8 grupos de 40 alumnos por sección.

Al principio el trabajo era tan abrumador que solo conocía al alumno por el número de lista, no tenían nombre, ni cara: eran el 16 de 1er año B o el 28 de 4to año A.

Esto duró unos años, hasta que empezó a sentir la insatisfacción en lo que estaba haciendo. Se detuvo. Había mejorado económicamente, pero en un giro extraño se había perdido y decidió retomarse.

En el nuevo año escolar, no le dio tanta importancia al contenido programático, como a la formación de los jóvenes, se preguntaba que debía haber una razón para que ellos y no otros, en una etapa tan importante de sus vidas, estuvieran en ese momento bajo su dirección, aunque fuera unas pocas horas semanales.

De esta etapa algunos jóvenes sobresalieron más que otros. Recuerda la vez que el alumno de 5to año, Williams, llevó un arma al liceo. Y encerrado en el baño de los varones se la mostraba imprudentemente a los compañeros.

Como había ganado la confianza del grupo, Teresa, una compañera del Williams asustada se lo contó.

Josefina llamó al joven al salón vacío, cerró la puerta y cuando el joven confiadamente entró, pensando que hablarían de algún aspecto académico, colocó el morral sobre el escritorio.

—Williams, he notado que estas muy distraído en clases— comenzó a decir Josefina— quisiera

saber por qué, ya solo te quedan dos meses para graduarte de bachiller.—

Cuando vio que el joven se sentaba en un pupitre, se adelantó abrió el morral y saco la pistola tomándola en alto le preguntó. — ¿Qué es esto?, ¿cómo traes un arma al liceo?— el joven se puso pálido y no reaccionó, lo que le permitió a Josefina meter el arma en el cajón del escritorio.

—Si te denuncio —le dijo — te van a expulsar y ya no podrás graduarte de bachiller. —

Williams comenzó a llorar y a suplicarle que no lo acusara que le devolviera el arma, que se la llevaba, que era de su papá y se la había traído escondida para enseñarla a sus compañeros.

Después del susto inicial, el joven comenzó a recobrase y a atacarla verbalmente.

—Detente Williams— le dijo alzando la voz para imponerse —por ese camino no vamos a ninguna parte. Si te denuncio en Seccional, te levantan un expediente y sales expulsado. Así que llama a tu papá que venga inmediatamente al liceo. Mientras llega, espera afuera—

El padre tenía un pequeño taller mecánico en la entrada de su barrio y usaba el arma como medida de protección. Williams era el primero de la familia que se graduaría de bachiller.

El padre llegó, conversaron largo y tendido. Ella ofreció darle una oportunidad al joven, siempre

y cuando el padre estuviera atento y supervisara más de cerca a Williams. Años después consiguió al joven, un próspero ingeniero mecánico.

Josefina se enamoró de un compañero de trabajo, juntos compraron en Chacao, a través de las facilidades que le daba el Instituto de Previsión al Docente.

Al cumplir sus años de servicios en la docencia pública, decidió estudiar un post grado que le permitió entrar al recinto universitario como profesora.

Ahora formaba docentes y orientadores a los cuales les transmitió su sentir como formadora de niños y jóvenes.

Ella misma dice que no parió hijos, pero la vida le dio tantos que los tiene en todos los oficios y profesiones, desde mecánicos hasta doctores. Sí, la vida es incomprensible.

Con su pareja, viajó a casi todos los lugares del mundo, en las vacaciones escolares de Agosto. Escogían el lugar a conocer y ahorran todo el año con el fin de poder disfrutar de esas merecidas vacaciones.

Josefina, vuelve al presente, casi llega a su casa, y sonríe para sí. Rememoró en unos minutos más de 30 años de su vida, definitivamente, el tiempo no es lineal.

Pasa por la panadería y compra un pan canilla aún calentito, en la calle le quita la punta, se va comiendo mientras sonríe para sí.

Ahora da uno que otro curso en la Universidad, donde enseña a los futuros docentes la importancia de ser formadores, más que transmisores de conocimiento. Conocimiento que el alumno puede conseguir fácilmente con la nueva tecnología. Con su tiempo libre se inscribió en el Programa de Juventud Prolongada, allí, sigue el docente marcando pauta, enriquece el programa con propuestas de algún taller corto sobre crecimiento personal, o de charlas informativas sobre algún tema de interés para sus compañeros.

IV

El frío se colaba por las rendijas y la paja del techo, Eufemia, temblando, empujó la puerta de su vivienda, miró el horizonte nublado. Con resignación se arrebujó más en la raída cobija que la cubría. Otro día más de duro trabajo aquí en Santana, Madeira.

Se volteó y contempló el interior de su humilde vivienda, el fogón con el carbón casi apagado, la mesa de madera con sus sillas, y las cortinas que separaban las camas de la estancia principal.

Sus esperanzas estaban puestas en el hermano que emigró a un país distante, más allá de su imaginación llamado Venezuela, no podía creer que hubiera una tierra donde siempre brillara el Sol y no fuera, la mayor parte del tiempo, frío y gris.

Su última carta que tenía fecha de más de un mes, contenía la promesa de enviar el pasaje para ella, que era la que seguía en edad, así entre los dos reunir para poder ir todos a esas lejanas tierras. A sus 14 años ese era su sueño.

Corría el año 1950, la isla de Madeira, no escapaba de la fuerte depresión económica de post guerra que azotaba a Europa que se traduce para el ciudadano común, en inflación y desempleo.

En las décadas siguientes, Portugal enfrenta una guerra con sus colonias africanas que bus-

can su independencia. Esta contienda es una carga más para su economía y para su población, al ser reclutada y enviada a combatir en un escenario lejano.

En 1948 hasta 1958 Venezuela promueve la inmigración selectiva europea. Crea la política “puertas abiertas” estimulada desde el Instituto Agrario Nacional, que reduce al mínimo los trámites administrativos para ingresar a Venezuela.

La emigración portuguesa que comienza a llegar a Venezuela, proviene de los estratos económicos medios y bajos: campesinos, artesanos, técnicos. Son mayoritariamente de la isla de Madeira, provienen de distritos rurales y de poblaciones pequeñas. Son conocidos como Luso—venezolanos. En este grupo de inmigrantes llega el hermano de Eufemia.

Aunque entran al país, para desarrollar la agricultura, la mayoría se dedica al comercio, al sector de alimentos y pequeña y mediana industria. En la Venezuela de esa época, era común decir el Portu de la panadería, el portu del abasto.

La primera oleada que llega, representa el ancla para la llegada posterior de familiares y parientes. Así hizo el hermano de Eufemia, fue trayendo poco a poco a toda su familia directa.

No fue fácil para Eufemia los primeros años en Venezuela. El adaptarse a una nueva cultura, a un nuevo idioma le costó.

Su hermano había conseguido una habitación en un barrio que estaba comenzando a consolidarse, El Pedregal. Desde allí, con los contactos de los coterráneos, pudo ubicarla y conseguirle trabajo como doméstica.

Fueron años de mucho trabajo que no la marcó porque ya estaba acostumbrada a ello y se sentía feliz.

Atrás quedó el frío, la carencia de los enseres más elementales, el acostarse con hambre; además, gracias al esfuerzo combinado, la familia estaba de nuevo junta.

La añoranza de la tierra de origen quedó amainada, sus padres y hermanos estaban juntos y en mejores condiciones que antes.

Cuando, Eufemia, logró dominar el idioma, se inscribió los sábados, en el programa de Fe y Alegría para terminar de sacar su primaria. Más adelante, entró en el INCE y efectuó cursos de peluquería y maquillaje.

Al principio, ofertaba sus servicios de forma particular, pero luego con tenacidad se asociaron varios hermanos y montaron una pequeña peluquería.

El trabajo fuerte no la abandonó, entraba a las 7 am y a veces salía del negocio a las 9 pm. Llegaba cansada a su casa, los pies dolidos de tanto tiempo estar de pie, a veces desconcertada por la actitud de alguna cliente inconforme. Pensaba “yo no puedo cambiar lo que la naturaleza da, solo mejorarlo, maquillarlo, y así y todo se queja”.

Poco a poco la familia logró consolidarse económicamente, los sobrinos tuvieron mejores oportunidades; hoy son médicos, economistas, comerciantes.

Eufemia, ya en su pequeño apartamento, sentía que ahora debía tener tiempo para ella, estaba conforme con su pasado, y así llegó al programa de Juventud Prolongada donde a través de las actividades ha rescatado su niñez.

V

En la provincia de Santa Cruz de Tenerife, en Las Palmas, vivía una pareja joven María José de 19 años y Antonio de 20 años. Estaban comenzando su vida de casados.

Es tanto amor que sentían que compensaban las carencias que tenían. Estaban en esa etapa en que compartir lo mucho o poco que se tenga no es lo importante. Lo importante era estar juntos. Es soñar con un futuro mejor, pero juntos.

Cuando la situación en la isla se volvió insostenible, Antonio se planteó emigrar, como estaban haciendo sus conocidos; otro incentivo eran las cartas que le mandaban los parientes que ya estaban en Venezuela, lo animaban a pasar “el charco” a América. Cuando compartió con María José su deseo de irse, tuvieron la primera discusión seria. Antonio quería ir primero, probar y luego mandar por María José.

—Pues no hombre— se enfrentó María José— si tú vas yo voy contigo. Yo no me quedo sola aquí.

La discusión siguió por varios días, donde Antonio analizaba los pros y los contra, pero ningún argumento cambio la decisión de María José. En su soledad, sentía un miedo que le llegaba a los huesos, por una parte, el quedarse sola sin saber

que podía pasarle a Antonio le oprimía el pecho. Por otra parte, el irse, dejar todo lo conocido sin saber que les esperaba le creaba incertidumbre. Pero sabía que, si ella era terca, Antonio lo era más, si se le había metido en la cabeza aventurarse a América, nadie lo podía hacer cambiar de opinión. Así que al final hicieron los preparativos para marchar, vendieron lo poco que tenían para comprar el pasaje. Corrían los primeros años de 1960 En plena dictadura franquista, más de un millón de españoles hicieron las maletas rumbo a América latina, siendo Argentina y Venezuela los países destinos. Entre esos venían María José y Antonio. Cuando llegaron a la Guaira, allí estaban los parientes que habían contactado. Los llevaron a una pensión en Catia. A través de la red de canarios que ya funcionaba en Caracas, consiguieron colocarse con una familia del Country Club. María José como doméstica y Antonio como jardinero, con el compromiso que aprendiera a conducir para compartir el cargo de jardinero y chofer de la familia. Fueron buenos años, evoca María José, guardaban casi todo el sueldo, pues no tenían mayores gastos. Como a los cuatro años de estar de empleados de esa familia— recuerda María José— quedé embarazada, cuando mi embarazo avanzó ya no pude seguir en el cargo.

—Nos dolía mucho dejarlos — comenta María José —pues habían sido buenos patrones, y habíamos aprendido, con ellos, mucho de la manera de ser del venezolano—

Se fueron a Catia, junto a unos compatriotas que tenían una casita y le alquilaron una habitación. Allí nació Ana de la Candelaria.

Ana de la Candelaria, pasa a formar parte de los venezolanos con ascendencia directa de canarios. Como ella, en nuestra historia, tenemos varios ciudadanos ilustres: Francisco de Miranda, Andrés Bello, José Gregorio Hernández, José Mará Vargas, Guzmán Blanco, Rómulo Betancourt, Rafael Caldera.

Antonio consiguió trabajo como chofer en una empresa de productos de alimentos. Viajaba constantemente por todo el país; así, conoció gran parte del territorio nacional.

Pudieron mudarse a un apartamento en la misma parroquia de Catia, había tantos compatriotas que se sentían como si estuvieran en su isla. Eran tantos, que en las zonas de Catia y la Candelaria se oía “Venezuela es la octava isla canaria”

Con los años, se asoció con otro canario y un venezolano y compraron un camión cava. Ahora era su propio jefe, cuadraba sus servicios con la compañía para la que antes trabajaba.

Mejoraron tanto que llegó a tener dos camiones que manejaban él y sus socios en turnos.

Salieron de Catia, compró en Chacaíto. Les pareció céntrico y bueno para criar a su hija Ana; Los colegio, las tiendas los centros de salud quedaban cerca.

Cuando Ana comenzó clases, María José se dio cuenta que tenía a varias vecinas, que trabajaban todo el día y no tenían con quien dejar a sus hijos. Así que se ofreció.

Comenzó con dos compañeritos de Ana que iban al preescolar, ella recogía a los tres niños y los cuidaba en la tarde, les daba el mismo trato y cariño que le profesaba a su hija. Los niños la querían.

Se corrió la voz del buen trato y atención que prestaba a los niños que llegó a tener a 6 pequeños correteando por su casa.

Eso la llevó a buscar un lugar para armar tareas dirigidas. Cerca de su edificio, consiguió alquilar el garaje de una vieja casa de las pocas que quedaban por Sabana Grande y allí montó su negocio.

Al poco tiempo, tenía tantos niños que tuvo que contratar a dos maestras para atenderlos.

Ana creció en consentimiento y hermosura. Cada cierto tiempo viajaban a Las Palmas, donde se afianzaron los lazos de Ana con sus parientes.

Fueron años monótonamente felices, que pasaron sin darse cuenta. Antonio pasó el camión a sus socios. Ya no podía seguir haciendo los viajes. La vista se le había deteriorado y una le-

sión en la columna le impedía estar tanto tiempo sentado.

Mará José dejó las tareas dirigidas. La casa donde funcionaba, sería demolida para dar paso a un complejo habitacional.

No tenían mayores problemas económicos. Así que se dedicó a cuidar a Antonio. Daban largos paseos por el bulevar de Sabana Grande. Ana culminó brillantemente sus estudios en Estudios Internacionales y optó por un puesto en la Organización de Naciones Unidas, viajaba constantemente de Nueva York a Caracas a ver a sus padres.

María José se enteró del Programa de Juventud Prolongada que la Alcaldía de Chacao estaba promocionando y como funcionaba en el edificio Delta, cerquita de su casa, se inscribió por pura curiosidad.

Sus días se repartían entre la atención a Antonio y sus actividades dentro del Programa de Juventud Prolongada que le dieron más arraigo a estas tierras.

Un día, salía a hacer las compras del día, cuando regresó encontró a Antonio, aparentemente dormido en el sillón. Lo llamó, lo tocó y no respondió. Había partido dulcemente.

—Ana vino de Nueva York, a los días del entierro— nos dice María José— me pidió que vendiera todo y me fuera con ella. Recuerdo que pasé la mirada por las cosas de la habitación, ¡

habían tantos recuerdos!. En cada objeto estaba Antonio reflejado y ya no tenía la energía de los 18 años para cruzar el continente tras Ana—

Vió a su hija y abrazándola, le dijo que no. Su vida estaba aquí. No en Las Palmas, ni en Nueva York. Aquí, con el recuerdo de Antonio en cada rincón.

— Es un recuerdo alegre— sonríe María José— que me acompaña siempre.

María José, hace las actividades del Programa de juventud Prolongada, siempre risueña, siempre compartiendo un consejo y brindando la mano amiga a otras usuarias.

VI

En los años 60, Venezuela entra en un periodo de bonanza económica y se convierte en un país de atracción para la inmigración latinoamericana. La principal corriente de inmigración inter regional es colombiana.

La frontera colombo— venezolana siempre ha sido una frontera “viva”, la línea divisoria entre ambos países, para los habitantes de ambos lados de la frontera, es una línea que aparece en los mapas de los libros, no en el terreno.

Históricamente, nacemos como un solo País “La Gran Colombia”, el sueño de Bolívar.

Esas raíces comunes, hace que mucho de nuestra idiosincrasia se parezca, tanto es así, que un alimento tan común en Venezuela como la arepa, es reclamada como propia por ambos países. Lo cierto es que, desde siempre, los de un lado de la frontera cruzaban naturalmente al otro lado haciendo vida social y comercial como si dicha demarcación territorial no existiera.

Era común, y aún lo es, con ciertas restricciones, que colombianas cruzaran a parir en hospitales venezolanos, así como a laborar en casa de familia como domésticas y los venezolanos cruzaban a Colombia para hacer las compras de comida, enseres y colocar a sus niños en escuelas colombianas.

Era y es natural en esas zonas fronterizas, tener familia a ambos lados de la frontera.

Yajaira, es una de esas niñas que siendo de padres colombianos, nació en un hospital de San Cristóbal.

Hija de colombianos de clase media, sus padres tenían un pequeño abasto con alimentos de procedencia nacional y de procedencia venezolana. Yajaira tenía unos tíos asentados en el pueblo de La Grita, estado Táchira, donde iba a pasar vacaciones escolares.

Tenía ocho hermanos, ella era la cuarta, siendo la del medio, se crio siguiendo los lineamientos que le daban a sus hermanos. Sus padres eran de la creencia de que lo que lograba el mayor en permiso y complacencia, era seguido por los demás hermanos. Además, era la primera hembra del grupo de hermanos, después de un tiempo llegaron sus dos hermanas.

Su primera infancia, la pasó tras los pasos de sus hermanos varones que tenían la responsabilidad de cuidarla y para que no se hiciera una carga, una molestia, la incorporaron como uno más de sus andanzas.

Trepó árboles, jugó metra, a policía y ladrones, aprendió a hacer y preparar papagayos con hojillas en la punta de la cola para las guerras que hacían sus hermanos con sus amigos.

Sus hermanos cuando se fastidiaban de ella, la mandaban a tomar caramelos del abasto de los padres y sacarlos sin que ellos se dieran cuenta.

La escolaridad, y la llegada de una nueva hermana, marco la diferenciación con los hermanos varones, ya tenía edad para ayudar a su madre en las faenas de la casa y en la cría de los hermanos menores.

Esa primera infancia, donde creció con un mínimo de restricciones, sentaron las bases para convertirla en una mujer osada, sin temores imaginarios.

Sus padres, les enseñaron a sus hijos el amor al trabajo y la importancia de la educación. Cuando sus hermanos llegaban a cierto nivel educativo, los mandaban a estudiar a la Grita, con los parientes que tenían allí a y activaban la nacionalidad venezolana.

Yajaira, cuando pasó al tercer año de bachillerato siguió la línea que habían marcado sus padres con miras a que tuvieran acceso a la universidad. En Colombia, los estudios universitarios, para familias como la de Yajaira era limitada por lo costosa.

Ahora vivía en la Grita y pasaba las vacaciones en Cúcuta. Así pasaron sus años de adolescencia. Cuando se graduó de bachiller ya dos de sus hermanos mayores estaban asentados en Caracas. Habían montado un pequeño negocio como el de sus padres, vendían mercancía colombiana

mezclada con una que otra venezolana. Les iba bien por la cantidad de compatriotas que vivían en la capital venezolana y buscaban productos de su país de origen.

Yajaira se vino a estudiar a Caracas, entró en la Universidad Central de Venezuela. Corrían los años 70, la U.C.V. estaba en su mejor momento, considerada una de las mejores universidades de América Latina.

La llegada de Yajaira a Caracas, la emocionó, por lo grande y hermosa que era en comparación de la Grita o de San Cristóbal, no le importaba que le dijeran “Gocha” como le decían al oír su acento.

Se instaló con sus hermanos en un apartamento por los Chaguaramos, lo que le permitía ir caminando a la universidad por la entrada de las Tres Gracias.

De esa época recuerda los almuerzos en el comedor estudiantil que costaban 2 bolívares, lo abundante que servían los platos; y su primera experiencia en un enfrentamiento entre policías y estudiantes.

—Iba distraída— nos cuenta— pensando en la tarea que no había realizado y que tenía que entregar al día siguiente, cuando a pocos metros de la salida de las Tres Gracias, había un alboroto de estudiantes que tenían las franelas tapándoles las caras, uno me jaló por el brazo y me puso tras uno de los pilares del pasillo, diciéndome, “Cuidado Gocha”, era uno de mis compañeros de estudio. —

Lo que Yajaira observó era a estudiantes tirando piedras a policías que respondían con perdigones y gas lacrimógeno, pero que no pasaban de la entrada universitaria.

Observó la trifulca de lejos y dio media vuelta para salir por la otra entrada, por Plaza Venezuela.

Caminé como una perdida— recuerda Yajaira— porque no tenía dinero para la camioneta, llegué cansada a mi casa—

En 1975 hay una segunda ola de inmigración a Venezuela procedente de países Latinoamericanos que llega huyendo de países con crisis socio económica y dictaduras militares, llegan chilenos, argentinos, uruguayos y cubanos.

Muchos de esos inmigrantes poseían una alta formación académica y fueron captados como investigadores y profesores de las universidades venezolanas, pasando a enriquecer el saber de los claustros universitarios. Yajaira, como muchos otros estudiantes, se benefician con el saber y la visión que traen estos emigrantes.

Se enamoró de un estudiante de ingeniería con ideas marxistas combinadas con pitos de mariguana.

Asistí a reuniones clandestinas con él— rememora— pero de puro enamoramiento, no por convicción ideológica—

Por su crianza, de rectitud entre lo que se hace y lo que se dice, no entendía los planteamientos

socialistas, marxistas—leninista que pregona-
ba el grupo, ya que luego los veía, a muchos de
ellos, irse en sus carros a buenos restaurantes o
locales nocturnos para terminar en sus casas del
Este de la ciudad.

Sus hermanos, ya no vivían en Los Chaguara-
mos, sino que compraron hacia el este de la ciu-
dad, en una urbanización que estaba en creci-
miento: Los Palos Grandes.

Se habían diversificado y montaron un restau-
rant de comida típica colombiana.

Necesitaban a alguien que administrara el nuevo ne-
gocio. Ella, a sus 23 años y con un título de econo-
mía en sus manos, tuvo que asumir la responsabi-
lidad y entró de lleno en los negocios familiares.

Trabajando allí en el restaurante, conoció a un
paisano, fue un amor fulminante, en menos de
un año de conocerse se casaron.

De ese matrimonio le quedaron 3 hijos unos
años de amarga experiencia. Después del arre-
bato inicial, se dio cuenta que tenían valores di-
ferentes. De que el hecho de ser paisanos, no era
garantía de compartir los mismos valores.

— Qué no hice para no ser la primera en la fa-
milia que se divorciaba. — nos explica— fuimos
a terapia de parejas, cursos para parejas, psicó-
logos especialistas en parejas y el último que re-
cuerdo, recomendado por un comensal del res-

taurante, un grupo llamado Tadehu, que dirigía un padre del Táchira Ramón Rosales, y que lo traía por primera vez a Caracas, después de haber tenido éxito en el Táchira, eso me entusiasmó, venía de mi tierra. Esos talleres tenían tres niveles, hicimos el primer y segundo nivel, esa experiencia nos llevó a comprender que ya había pasado nuestro tiempo juntos; que debíamos soltarnos para no hacernos daño—

Siguió administrando el restaurante y criando a sus hijos. Cada cierto tiempo los llevaba a Cúcuta para compartir con los abuelos y familia que estaban allá.

En los últimos años la economía venezolana había cambiado, muchos colombianos regresaban a su país porque las condiciones, ya no eran tan favorables.

El restaurante tuvo que cerrar cuando las cuentas comenzaron a pasar a rojo. — nos dice— algunos de mis hermanos regresaron a Colombia, yo me quedé aquí en los Palos Grades con mis hijos, porque lo quieras o no, ellos ya tenían la idiosincrasia de los venezolanos—

En la actualidad, sus hijos todos graduados universitarios, laboran para una compañía colombiano—venezolana y aunque tienen su residencia en Caracas, van y viene al país vecino.

Yajaira, en la actualidad reparte su tiempo entre

sus nietos y las actividades que le brinda el Programa de Juventud Prolongada, es fácil diferenciarla por su acento que no la ha abandonado en estos 40 años que lleva en Caracas.

VII

Esther estaba convencida que en su vida pasada había sido gitana. De esas que sin sentir apego por ningún terruño, al mismo tiempo sintiendo el querer por toda la comarca.

Hija de un Ingeniero Petrolero con el cargo de supervisor, era rotado de campo petrolero constantemente, su madre montaba y desmontaba la casa cada vez que lo cambiaban y agarraba a sus hijos para ir en pos de él.

Así, Esther recorrió casi toda la geografía de Venezuela. Hoy estaba en Coro y a los seis meses estaba en San Cristóbal o en Maturín. A Esther le encantaba. Cuando su padre subió en el escalafón de su carrera, los cambios fueron esparciéndose en el tiempo hasta llegar al retiro, terminando en la casa de Caracas.

De esa época recuerda las reuniones familiares extendidas, donde el padre siempre tenía una anécdota, un cuento o un recuerdo de la historia venezolana o mundial.

¿Cuánto de verdad había en esas historias y cuanto era imaginación del narrador? Realmente nunca lo supo, ni le importó, su padre como buen narrador metía al oyente dentro de la historia como si estuvieran viéndolo todo en primera fila. Su padre contaba, algunas como ésta:

—Se había perdido la República, Bolívar, buscando recursos y hombres, había oído hablar del liderazgo de Páez en los llanos venezolanos, a Páez lo llamaban el Centauro de los Llanos, era un hombre alto, catire robusto. Bolívar con su pequeño grupo de lugartenientes, llegaron al amanecer al campamento de Páez, el trote continuo, el cansancio, se reflejaba en sus ropas y en su rostro demacrado, bajó del caballo y pidió hablar con Páez, éste, con su imponente estatura, lo condujo a su carpa.

—¿Qué hablaron? Nadie lo sabe. Bolívar se retira del campamento con la promesa de Páez de unirse a sus fuerzas. Los llaneros se acercan Páez les dice que se alisten que van a seguir a Bolívar, los llaneros se miran desconcertados uno de ellos más osado que los otros le pregunta— Taita como vamos a seguir a ese hombrecito enclenque— y Páez le responde – ustedes no vieron el fuego de sus ojos—

Creció sabiendo que era descendiente directa de Próceres independentistas regionales, y con la formación de sus padres de amor a la patria, sentido del honor y valor de la palabra empeñada.

Su juventud no se diferenció mucho de las de otras de su clase social, bailó, rio, lloró, se enamoró, se casó, tuvo a sus hijos, se graduó en la universidad y de repente maduro.

Vio como pocos, lo que comenzaba a pasar en su País, el deterioro paulatino creado por la corrupción se comenzaba a sentir. Algo, la educación recibida la sangre de sus antepasados, la hicieron plantearse no quedarse indiferente. La vía fue militar en uno de los partidos políticos de ese entonces, que tenía penetración en todos los estratos sociales

Esther, llegó a ser dirigente medio como supervisor nacional de comités de base. Cuando su partido ganó las elecciones, Esther, fue llamada a ocupar varios cargos de gerencia en la administración pública.

Iniciándose como gerente medio en la administración pública, se percató de que lo poco que sabía por su formación académica y por intuición no bastaban para hacer una buena gerencia. Así que se inscribió en la Universidad para cursar en las noches una maestría en Gerencia Empresarial.

A medida que aprendía, lo aplicaba en su entorno laboral. Con el título de Maestría en sus manos, por más que aplicaba los procesos aprendidos, el cambio era mínimo.

La apatía del personal obedecía a lo efímero de la permanencia de los gerentes que pasaban por los puestos y a la falta de reconocimiento del mérito al personal que tenían años en sus cargo. Había una fuerte resistencia a los cambios, sos-

tenían que “las cosas siempre se han hecho así” para qué cambiarlas.

Entendió que la administración pública era muy diferente a la empresa privada, que tenía que hacerse de herramientas para sacar de la apatía a su personal. Por ese motivo tomó otro post— grado esta vez en Dinámica de Grupo mención Intervención Empresarial.

Combinando el conocimiento obtenido en los dos post— grados, comenzó a sentir el cambio. Sus reuniones de gerencia contaban con la participación desde el obrero hasta los jefes de división, todos eran escuchados y las decisiones se tomaban en consenso.

Su trabajo y honestidad destacó y fue llamada a ocupar una posición en donde la corrupción era galopante, La instrucción recibida era desmantelar las redes corruptas con el apoyo de funcionarios sobre encubiertos del entonces Disip, infiltrados en los diversos departamentos como simples funcionarios.

Por más de tres años estuvo al frente de esa Dirección. Logró sacar la mala yerba del jardín, inició la descentralización y modernización de los procesos.

Cuando pensó que había logrado el objetivo, se dio cuenta que la mala yerba estaba creciendo de nuevo bajo otra apariencia. No se podía limpiar solo un pedazo del terreno, tenía que limpiarse

todo, en una acción conjunta, que muy pocos estaban dispuestos a realizar.

Estaba cansada. De esa labor sólo le quedó como recompensa, la satisfacción de haber cumplido a cabalidad y dos condecoraciones: una en 2da clase y otra en 1era clase, ambas se hayan olvidadas en una gaveta de su cómoda.

Dejó ese cargo y le asignaron otra gerencia que para ella fue como unas vacaciones, allí, no había la tensión del cargo anterior. Y entonces, una mañana amaneció el país” prendido”, sucedió lo que históricamente pasó a llamarse el Caracazo. Las imágenes en la televisión eran impactantes.

Esther recuerda una en particular

—Vi a un hombre— nos dice— corriendo cargando en su espalda media res. —

Los saqueos se generalizaron en todo el país. Fueron días de incertidumbre. El gobierno tomó medidas drásticas y todo volvió a una aparente calma.

Esther sentía que ya todo había cambiado, muchos no querían ver ese cambio. Algunos estaban sacando partido del malestar que se vivía.

Pocos años después, otro suceso despertó al país con un sentimiento de zozobra, un intento golpista liderado por un comandante militar que pocos conocían: Hugo Chávez Frías.

El Presidente Carlos Andrés Pérez, logra salir de Miraflores que estaba rodeado por las tropas

golpista y se dirige a un canal privado de televisión y manda un mensaje a la Nación

—Ese día, para mi apreciación— nos dice Esther— ambos protagonistas se crecieron. Carlos Andrés, demostrando lo que tienen los andinos: gallardía y valentía, porque no salió de Miraflores a tomar un avión y dejar el país encendido. Dio la cara para calmar a la población. Y por su parte Chávez, en unos segundos de transmisión por televisión, dejó a la población impactada— En los días siguientes, el país poco a poco volvió a su calma aparente, pero algo había cambiado.

—Sentí el cambio cuando vi en los carnavales, en el bulevar de Sabana Grande, a niños disfrazados de Chávez— confiesa Esther—la población no lo condenaba, lo emulaba como un héroe—

No quería saber más nada de la política, presentía lo que venía para el país y no quería ser” mártir de la democracia” así, que volvió a la empresa privada y allí estuvo los últimos 20 años, hasta que sintió ya había dado bastante a la patria a la familia a los hijos, a los otros.

Ya era tiempo para ella, así llegó como una usuaria más al Programa de Juventud Prolongada. Sin pasado, sólo con el presente

VIII

El Pedregal, asentamiento popular, ubicado entre las urbanizaciones Country Club y la Castellana, tiene dos características que la diferencian, de otras barriadas populares; la primera, es que no fue una invasión de tierras municipales. Fue una franja de tierra que compró Matías Blanco, junto con su pareja María del Carmen Laviana, para asentar en esas tierras un caserío que albergara a su vasta descendencia. La mayoría de ellos, laboraba como peones en las haciendas de los alrededores.

Se la vendieron barata porque era una tierra que no servía para el cultivo, tenía muchas piedras, de allí su nombre: Pedregal.

La segunda, que nació primero que las urbanizaciones que la rodean.

Cuentan sus vecinos, descendientes de sus primeros habitantes, que, a mediados del año 1957, durante el mandato del dictador Marcos Pérez Jiménez, se iniciaron los trámites para sacar a los habitantes de El Pedregal, pues Pérez Jiménez decía que eran "una mosca en un vaso de leche", refiriéndose que no favorecía a las lujosas urbanizaciones que los rodeaban. Para beneficio de los vecinos, el dictador cayó en enero del 58. Y se le desbarataron las intenciones de desalojo.

La mayoría de sus habitantes son descendientes directos de Matías Blanco. De allí que en El Pedregal todos se conocen y guardan algún tipo de parentesco. María Luisa nació en este ambiente, lleno de familiaridad y confianza.

El abuelo de María Luisa poseía una parcela de más de 500 metros, en el Pedregal, herencia de familia, estaba llena de árboles, flores y aves de todo tipo. Allí edificó su casa. Cuando el padre de María Luisa se enamoró y se planteó dejar la casa paterna, el abuelo le cedió parte del terreno para que construyera allí y así la tribu permanecería cerca.

Como dice el dicho popular “Juntos, pero no revueltos” cada quien, en su casa, pero cercanos, a solo un grito de distancia.

María Luisa creció rodeada del consentimiento de sus abuelos y de sus padres, tenía dos hermanos mayores y cuando ya nadie la esperaba decidió venir, era la única niña de la tribu.

A sus 17 años, solía pasear en bicicleta con las amigas, vecinas todas, y pedaleando salían del barrio y llegaban al casco de Chacao. Era la picardía más osada que hacían, pues tenían prohibido alejarse tanto del barrio.

Saliendo un día del colegio, vio a un joven, que se les acercó, no lo conocían, no era de por allí, vestía el uniforme de cartero. El joven les preguntó cómo llegar a la dirección que tenía en el sobre. María

Luisa se adelantó y le explico la dirección, mientras curioseaba al joven. Al parecer el viejo cartero que hacía antes el recorrido, le salió la jubilación y ahora le tocaba a él asumir el recorrido.

Diariamente cuando salía del colegio veía al joven. Una sonrisa y una inclinación de cabeza era todo el saludo a la distancia, no se atrevía a hablarle.

El día que salía del colegio y no lo vio, le dio un susto en el corazón. Lo encontró más adelante camino a su casa.

—Buenas tardes, me llamo Juan Carlos, quisiera poder acompañarla unas cuadras a su casa— le dijo el joven—

Las amigas la miraron y siguieron caminando, entre risas y cuchicheos. Detrás de ellas las seguía Juan Carlos y María Luisa. Así comenzó un romance que duraría toda la vida.

Los palmeros de Chacao, es una de las tradiciones que ha perdurado en el tiempo. Nació en 1776, cuando azotó a la población una epidemia de fiebre amarilla que diezmo a la población de Caracas y al pueblo de Chacao.

El párroco de la Iglesia de San José de Chacao, José Antonio Mohedano, estando cerca de la celebración de la Semana Santa, en una homilía, pidió a la población que mandaran a los hombres, peones de las haciendas cercanas, al cerro del Ávila, y entre rezos y oraciones, buscaran palmas,

para emular la entrada de Jesús a Jerusalén el Domingo de Ramos. Así lo hicieron y al distribuir las palmas bendecidas, los enfermos sanaron.

Demás está decir que la mayor cantidad de los peones que subieron eran de El Pedregal. Desde entonces, unos días antes del inicio de la Semana Santa, suben al cerro por la entrada de Sabas Nieves y recolectan las palmas en un sector llamado “Cueva de los Palmeros”.

Esta actividad, formada solo por hombres y jóvenes del Municipio, son mayoritariamente de El Pedregal, donde funciona La Cofradía, es una tradición que pasa de padres a hijos.

El padre y los hermanos de María Luisa, forman parte de los hombres que suben por 3 o 4 días en busca de las palmas. El sábado, antes del Domingo de Ramos, bajan con su preciada carga.

La bajada de los palmeros se desarrolla como una procesión que se inicia en la entrada de Sabas Nieve, llena de música, bailes típicos y cantos, con estaciones donde se les brinda comidas y bebidas.

Ese año, en la algarabía que se forma en el barrio y en toda la ruta que siguen los palmeros de bajada hasta la iglesia de San José, María Luisa con sus amigas estaban presentes. Ella busca con la mirada a Juan Carlos, y con la complicidad de las amigas, encuentra momentos para hablar con el joven, sin levantar suspicacia de los mayores que la rodean.

Durante un tiempo, Juan Carlos siguió con el acompañamiento diario del colegio hasta cerca de la casa de María Luisa; pero ya quería llevar la relación a otro nivel y se decidió a hablar con el padre, que ya había visto de lejos y que se le imponía, pero ganó el amor que sentía, solicitó hablar con el padre y el día acordado, nervioso se presentó en la casa de María Luisa para pedir permiso para cortejarla.

El padre de María Luisa, después de escuchar al nervioso joven le dijo —puede venir en las tardes de 5 a 7 de la tarde, en días alternos, nada de que sepa que los ven en la calle, mi hija es una niña respetable y no voy a permitir que caiga en la lengua de las chismosas del barrio—

Así fue, por más de un año, Juan Carlos los visitaba en el horario acordado. Siempre había alguien vigilándola, o su mamá que se sentaba a tejer mientras escucha la novela en la radio: “Martín Valiente”.

Otras veces, era su padre leyendo el periódico y sacudiéndolo de vez en cuando.

Poco a poco Juan Carlos se fue ganando a la familia, un dulce para la suegra, un comentario político con el padre, un juego de dominó con los hermanos.

Juan Carlos fue ascendido dentro de la institución, ahora formaba parte de la plantilla que laboraba en la sede principal.

Después de más un año de noviazgo salpicado de apretones y besos furtivos, se casaron.

Se mudaron al casco de Chacao, cerca de la familia, pero no tan cerca.

El apartamento era grande y luminoso. Años después cuando el dueño decidió vender, lo compraron con un préstamo para vivienda que daba la institución donde laboraba Juan Carlos. María Luisa se sentía feliz.

—Me acuerdo que veía las revistas y decoraba la casa lo más parecido posible— nos cuenta— Hoy reconozco que estaba jugando a la casita. Las casas con calor de hogar no se parecen a las de la revista. Esas siempre están regadas, porque hay gente que vive en ellas—

Tuvieron dos hijos, una hembra y un varón con tan solo 3 años de diferencia. Ellos le cambiaron la vida.

De pequeños, con miedo a que les pasara algo malo y después, cuidarlos para que el mundo fuera amables con ellos. —

Cuenta que se volvió, chofer, niñera, cocinera, doctora, consejera, maestra.

—Mi día se iba entre llevarlos al colegio, hacer las tareas del hogar, cocinar, buscarlos a la salida para darles el almuerzo y llevarlos, a clases complementarias de acuerdo al día: natación, valet fútbol y luego llegar a hacer las tareas, atender a Juan Carlos y caer exhausta en la noche.

Juan Carlos no entendía por qué estaba tan cansada sino trabajaba en una oficina.

—Los niños crecieron y cada día me necesitaron menos— nos cuenta— mi hijo de 14 años me dijo un día que era una “raya” que lo fuera a buscar a los entrenamientos de fútbol, que quería venirse con sus amigos—

Lo aceptó en apariencia, las primeras veces, María Luisa lo esperaba sin que su hijo la viera, escondida a la salida del entrenamiento y lo seguía. Eso duró poco, se dio cuenta que sus hijos le estaban pidiendo espacio y se los dio.

De pronto, tenía tiempo para ella y no sabía qué hacer con él.

Una vecina le habló de los cursos que ofrecían en la Casa de la Cultura de Chacao y con ella se inscribió.

Aprendió a tallar velas, pirograbado en madera, pintura sobre tela, bordado en cinta a tejer. Encontró que se le hacía fácil el trabajo artesanal.

—Mis nietos se han beneficiado con este conocimiento— nos cuenta con orgullo— los recuerdos de sus nacimientos, los del bautizo y primera comunión salieron de mis manos—

Los hijos se graduaron y son profesionales. La hija casó primero y fueron a vivir con ellos.

—Hace unos años— nos cuenta— un vecino del piso de abajo quería regresar a su pueblo en España, nos vendió el apartamento.

—Hoy lo ocupa mi hijo con su familia. De una manera u otra imito a mi abuelo: La tribu está cerca. — Juan Carlos se jubiló, ahora tenían más tiempo para ellos. En temporadas bajas viajaban al exterior y al interior del país tenían una agencia que les avisaba de los viajes en promoción.

Llego al Programa de Juventud Prolongada gracias a una vecina. Disfruta de las actividades que le proporciona el programa, a veces actúa como una mamá con las compañeras y otras comparte sus destrezas como manualita en talleres cortos que dicta de puro corazón.

IX

El Programa de Juventud Prolongada brinda un punto de encuentro para las personas de la tercera edad que, sin él, serían desconocidos que se cruzan en la calle.

Bajo el techo de “ La Casita” se forman amistades y complicidades que hacen más llevaderos los años de retiro laboral.

Sus usuarios a su vez, enriquecen el programa con sus experiencias, con la hermandad que surge de manera espontánea.

También, brinda la oportunidad, en un lugar que los acoge con calidez, a las nuevas generaciones de poder hacer sus pasantías o la labor social que se les exigen en sus curriculas escolares, para poder obtener el título académico.

He visto, como estos jóvenes llegan tímidos, inseguros a dictar una charla o hacer un taller y poco a poco van ganando confianza en sí mismos y en el manejo del grupo, porque los usuarios, le dan el apoyo y atención necesaria, aún cuando el tema tratado sea un conocimiento trillado para ellos.

No he visto a nadie pararse e irse, de una de estas charlas, porque el tema no es lo que esperaba, al contrario, animan al joven con preguntas cuyas respuestas ya conocen.

Así mismo, el Programa de Juventud Prolongada, permite que fundaciones y asociaciones consigan sus objetivos dentro de sus planificaciones, al prestarse para que brinden charlas, talleres y dinámicas a los usuarios, actividades que cuantifican después en sus informes finales, y que enriquecen las actividades de los usuarios. El programa de Juventud Prolongada es una forma de dar y recibir, como todo en la vida.

AGRADECIMIENTOS

A mis compañeras del Programa se Juventud Prolongada, por la confianza deposita en mi persona, al contarme sus historias de vida, que relate con el respeto y admiración que causa conocer cada una de sus circunstancias, como supieron superarlas sin amilanarse, sin amarguras, ni rencores.

Un agradecimiento especial a Francis Marcano, que me acompañó en los primeros pasos para contar esta historia, y me ayudó en la recolección de las historias de vida de las compañeras.

Mis hijas: Susana y Laura Prada Serpa por sus correcciones y observaciones oportunas, que me ayudaron a mejorar la redacción de lo escrito. Gracias mis corazones

“Hay que publicarlo en reconocimiento a esas mujeres valientes ”asi me dijo el Concejal Hilmer Escalona, del Concejo Municipal de Chacao, después de haber leído el original de La Casita. Su valoración fue un gran respaldo, un reconocimiento a las semblanzas de esas mujeres valientes.

Por último, gracias a usted que leyó estas líneas y valoró estas historias de luchas, desafíos y cotidianidad que son un paisaje de lo que somos los seres humanos ante los desafíos

RECOPILACION BIBLIOGRAFIA

- Testimonios de Usuaris del Programa Juventud Prolongada de Chacao
PROGRAMA DE ATENCION INTEGRAL PARA EL ADULTO
MAYOR, Caracterización y Memoria Humana. Dirección de De-
sarrollo Social y Participación de la Alcaldía de Chacao. Mayo 2.003
- EL TRASNACIONALISMO DE LOS INMIGRANTES :LOS POR-
TUGUESES Y LUSO—VENEZOLANOS EN CARACAS.
Mark Dinneen.2015, internet
- EMIGRACION PORTUGUESA EN VENEZUELA , Wikipedia
- EMIGRACION ITALIANA EN VENEZUELA Wikipedia
- UNA TERTULIA SOBRE LA INMIGRACION ITALIANA A VE-
NEZUELA. Di Oscar Sayago. Fundación para la Cultura Ur-
bana. Dentro del ciclo de conferencias “Venezuela País de inmi-
grantes gratitud de ida y vuelta”. Internet
- DE LA INMIGRACION PORTUGUESA: PORTUGAL Y VENE-
ZUELA. Internet
- EL SIGLO XX EN VENEZUELA: UNA REVOLUCION DEMO-
GRAFICA .Brenda Yepez y Gloria Marrero. Prodavinci. Internet
- CARACAS DE LOS AÑOS 40. Y CARACAS TECHOS ROJOS.
BLOGSPOT.COM Guillermo Alvarez. Intenet
- CARACAS RECUERDOS DE UNA CAPITAL A LA VANGUAR-
DIA.WWWDIARIOLASAMERICAS.COM. INTERNET
- CATALOGO DEL PATRIMONIO CULTURAL VENEZOLANO 2004—
2005 MUNICIPIO CHACAO. Instituto Patrimonio Cultural.2005
- BALANCE DEL SIGLO XX VENEZOLANO. ENSAYOS. (MO-
VIMIENTO POBLACIONAL Y SU SIGNIFICADO, LUIS
UGARTE) FUNDACION FRANSISCO HERRERA LU-
QUE. Edit Grijalbo, 1996
- MUNICIPIO CHACAO. WIKIPEDIA. INTERNET
- CARACAS TECHOS ROJOS, Guillermo Saéz Alvarez, Blogspot.com,
internet.
- TIO VENENO, Crónica de un curioso de El Pedregal, Ricardo Liezao-
la. Monte Avila editores, Fundación Cultural Chacao. 2.000

Contenido

PARTE I	9
I	11
II	19
PARTE II	21
I	23
II	39
III	47
IV	57
V	61
VI	67
VII	75
VIII	81
IX	89
AGRADECIMIENTOS	91
RECOPILACION BIBLIOGRAFIA	92

